

Ángeles Mora, *Quién anda aquí. Poesía reunida (1982-2024)*, Madrid, Tusquets, 2024, ISBN: 978-84-1107-432-2, 633 pp.

En *Ficciones para una autobiografía* (2015), la poeta cordobesa (y granadina) Ángeles Mora se preguntaba «¿Quién anda aquí? / ¿Quién va y viene sin ruido entre mis cosas, / penetra con sigilo / de noche en mis papeles / usurpando sus notas?» (423). Aludía así a ese decir poético imprevisible y rebelde, a ese saber inconsciente y a esos pasos presentidos en un ‘aquí’ (un ahora y un adentro) que traen palabras capaces de decir lo indecible.

Ese interrogante inicial es hoy título y carta de presentación de un elocuente volumen en el que reúne más de cuatro décadas de poesía, seiscientas páginas, nueve poemarios, trescientos cuarenta y nueve poemas y un puñado de inéditos. Pero que nadie se ciegue con el brillo de los números (la cantidad nunca fue mar que navegara la Poesía); que esperen a transitar con paso lento y gustoso sus versos. En ellos encontrarán una voz que se construye sin prisa, una mirada que concibe lo poético en continuo diálogo entre lo íntimo y lo social, lo individual y lo colectivo, de acuerdo al compromiso ideológico que encierra y desvela la palabra cincelada.

Recurrir al concepto de ‘poesía reunida’ –que no ‘completa’, pues la poeta no deja de serlo– requiere una nueva arquitectura, un nuevo alzado marcado por el tiempo en mirada retrospectiva. Y no para remozar los materiales, fieles a su origen y a su orden, sino para aunar distintos momentos de creación y recepción. Todos estos poemas, ahora ya vividos no solo por quien los escribió, aparecen agavillados por primera vez, cartografiando con claridad el recorrido poético-vivencial de quien ha sabido quebrar inercias, mirar de soslayo, pausar el tiempo, rastrear contradicciones y abordar, desde la atalaya de lo cotidiano, el olvido, la memoria o el amor. Se suceden de este modo *Pensando que el camino iba derecho* (1982), *La canción del olvido* (1985), *La guerra de los 30 años* (1990), *La dama errante* (1990), *Caligrafía del ayer* (2000), *Contradicciones, pájaros* (2001), *Bajo la alfombra* (2008), *Ficciones para una autobiografía* (2015) y *Soñar con bicicletas* (2022).

Se trata de poemarios que fueron muy bien recibidos en su momento, algunos incluso merecieron reconocidos galardones como el Rafael Alberti de poesía (1990), el Premio Internacional Ciudad de Melilla (2001), el Accésit del Jaime Gil de Biedma (2008) e incluso el Premio de la Crítica y el Premio Nacional de Poesía, ambos en 2016, precisamente por el libro del que surge el título de este compendio. Reparo en estos dos últimos por la dimensión que revisten y lo mucho que tardaron en laurear a escritoras. El concedido por la Asociación Española de Críticos Literarios se ha otorgado desde su inicio en 1957 a 67 poetas, de los que 9 son mujeres y únicamente dos lo merecieron en la pasada centuria (María Elvira Lacaci y María Victoria Atencia). No mejoran las estadísticas de la igualdad con el Premio Nacional de Poesía hasta el cambio de siglo, pues, heredero del Concurso Nacional de Literatura (1923-1973), fue otorgado en aquella etapa a dos mujeres de un total de 27 premiados (Alfonsa de la Torre y Carmen Conde). Y en su segunda época, iniciada en 1977, no se puso el foco de atención en las voces femeninas hasta empezado el siglo XXI. Julia Uceda fue la primera en recibirlo (2003), la seguirían Chantal Maillard (2004), Olvido García Valdés (2007), Francisca Aguirre (2011) y cinco años después Ángeles Mora. Muy diferente, por fortuna y por esfuerzo, es la senda abierta a partir de entonces.

Escritora temprana, aunque sus versos tardaran en adquirir letras de molde, la mirada poética de Ángeles Mora se cruzó en la Granada de comienzos de los 80 con quienes se aunaron para vivir y escribir desde ‘Otra sentimentalidad’, una perspectiva arraigada en esa radical historicidad de la literatura de la que hablaba el profesor Juan

Carlos Rodríguez. Aquellos mimbres supo trenzarlos muy bien Ángeles Mora, quebrando la impuesta educación sentimental por partida doble, al hacerlo como poeta y como mujer, dando lugar a versos como los contenidos en el poema ya clásico de «La chica más suave»:

Perteneces –lo sabes– a esa raza estafada / que el dolor acaricia en los andenes. / Medio mundo de engaño conociste / y el resto fue mentira. / Has llegado hasta aquí / huyendo de mil días / que pasaron de largo. / Has llegado hasta aquí / para mostrar a todos tu inefable pirueta, / ridículo equilibrio, / ese nado a dos aguas, / piedra de escándalo, / ese triste espectáculo que ofreces, / esas gotas de miedo que salpican / tus insufribles lágrimas. / Aparta. (*La canción del olvido*, 71)

Otra de las constantes de su escritura, que atraviesa muchos otros temas, tiene que ver con el lugar del que surge la palabra, la inescrutable esencia del decir poético que se resuelve, por un lado, en un dejarse llevar («Escribir es niebla. / Para mí quiero / todas las palabras. / Cuando escribo me escriben. / En su tela me enredo» [en «De poética y niebla», *Bajo la alfombra*, 340]); y, por otro, en un dejarse decir con una aparente confianza ciega, como en ese contundente «Yo no te invento: estás» (de «No hay mar que no contenga un cielo», *Bajo la alfombra*, 344). No son pocos los versos metapoéticos que conforman sus poemarios y que, en ocasiones, se parecen mucho al amor («Si la poesía es lluvia / –y nos empapa– que su música diga / lo que ya sabe el cuerpo», en «Feeling/Canción (o la posibilidad de decir)», *Bajo la alfombra*, 343).

Tal vez es el amor uno de los aspectos más presentes en su obra, a través de la plasmación de momentos históricos de la vida personal que trascienden los límites de lo individual e íntimo («No estaba escrito / pero abrazamos la intemperie / peculiar / del peregrino que ya somos, / que todo lo acapara, lo lleva encima, / que no se queda quieto / ni va a ninguna parte / porque el mundo está aquí» (en «Una forma de vida», en *Ficciones para una autobiografía*, 461).

Con una grácil naturalidad convergen en su escritura lo cotidiano, lo íntimo, lo social y lo poético a partir del mirar de un yo extrañado. Para Ángeles Mora escribir es construirse en un espacio que arranca de certezas y fluye por una ficción capaz de devolver la imagen de uno mismo enriquecida en ese choque ineludible de realidades y palabras en el que radica la contradicción («Si las verdades dijeran la verdad / mentirían [...] Las contradicciones parecen insufribles / en nuestro mundo. / Pero uno intenta / huir de ellas / como los pájaros: / huir quedándose», *Contradicciones, pájaros*, 328).

El haber convocado todos estos poemas en un mismo volumen permite, asimismo, al lector pasearlos con la música y las imágenes que se despliegan en las numerosas citas que les preceden, como quien deambula por una biblioteca de volúmenes abiertos. Será que en un buen libro se contienen muchos. Será que escribir es haber leído.

La figura de Ángeles Mora es fundamental en el panorama de la poesía contemporánea. Sus versos discurren en numerosas antologías desde 1995. Muchos han sido traducidos a otros idiomas (catalán, gallego, italiano, portugués, inglés, francés, alemán o chino) y desde hace un tiempo están siendo objeto de análisis. Una de las personas que más ha ahondado en su escritura es el poeta y crítico Francisco Díaz de Castro, autor de un interesante estudio incorporado en las últimas páginas de este volumen, en el elegante y discreto espacio del epílogo.

Mucho más se podría decir sobre este poemario de poemarios de Ángeles Mora, pero nada más importante que su lectura. Solo me resta celebrar su publicación, pues permite a quienes ya conocemos su obra y a quienes se adentren en ella por primera vez descubrir hacia dónde nos lleva lo escrito y lo que no está escrito, hacia dónde nos

conducen los muchos y profundos espacios que la poeta abre con sus versos para pensar y pensarnos en estos tiempos que corren, que siempre y de modo cambiante corren.

Cristina Castillo Martínez
(Universidad de Jaén)